

SAMANTHA POWER

EEUU y sus respuestas ante el genocidio

En el último siglo EEUU ha experimentado una evolución modesta en sus respuestas al genocidio y a la destrucción deliberada de un grupo étnico, nacional o religioso. La persistencia y proliferación de disidentes en el seno del Gobierno estadounidense y entre los defensores de los derechos humanos, han logrado que la política del mutismo frente al genocidio sea aún más difícil de sostener. Tal como ha aprendido el presidente serbio Slobodan Milosevic, la soberanía estatal ya no es una coartada eficaz para quien incurre en un delito de genocidio contra una intervención militar o un castigo judicial.

Tal avance se ha visto eclipsado por la tolerancia estadounidense hacia estremecedoras atrocidades a menudo cometidas a plena luz del día. Aunque los personajes y las limitaciones geopolíticas que inciden en el proceso de toma de decisiones en EEUU han cambiado con los años, el país se ha negado constantemente a asumir riesgos que pudiesen llevar a la eliminación del genocidio. En este aspecto EEUU no cabalga solo. Los Estados colindantes de las sociedades que perpetran el genocidio y las potencias europeas también han sido culpables al mostrar indiferencia ante la situación. A pesar de un amplio consenso público de que el genocidio no debería ser tolerado “nunca jamás” y pese a cierto triunfalismo sobre el auge de los valores de la democracia liberal, la década de 1990 ha sido una de las más trágicas del siglo más siniestro de la historia. Los hutus ruandeses en 1994 fueron capaces de asesinar libre y alegremente, y de manera sistemática, a cerca de ocho mil tutsis diarios durante cien días sin ninguna interferencia extranjera. El genocidio tuvo lugar después de la guerra fría, del desarrollo de grupos a favor de los derechos humanos, del advenimiento de la tecnología que permitió la comunicación inmediata, y de la construcción del Museo del Holocausto en el Mall de Washington.

De una forma perversa, la conciencia de la opinión pública estadounidense sobre el Holocausto a menudo parecía que ponía el listón de la desazón tan alto que éramos capaces de convencernos de que los genocidios contemporáneos no

Samantha Power es Directora Ejecutiva del Carr Center For Human Rights Policy y autora del libro *A problem From hell: America and The age of genocide*, Basic Books, Nueva York, 2002. Este artículo fue publicado en *The New York Review of Books*, 14 de marzo de 2002, con el título “Genocide and America”. Reproducido con autorización de la autora.

Traducción:
Leandro Nagore

eran para tanto. Como lo constató el escritor David Rieff, el concepto de “nunca jamás” podría definirse más concretamente como “nunca jamás podrían los alemanes matar a judíos en Europa en los años cuarenta”.¹ Ya sea por mirar al otro lado o por atender asuntos estratégicos o políticos más urgentes, desde un punto de vista convencional, los líderes de EEUU que han denunciado el Holocausto han permitido, a su vez, el genocidio.

Lo que más sorprende de la reacción estadounidense ante la matanza de casi un millón de armenios por parte de Turquía, o sobre el reino de terror de Pol Pot en el que murieron cerca de dos millones de personas, o de la muerte de más de cien mil kurdos por los iraquíes, o del asesinato en masa de unos doscientos mil musulmanes y croatas a manos de los serbios de Bosnia y del intento de los hutus de eliminar a los tutsis, no es que EEUU se negase a desplegar sus tropas para combatir estas atrocidades. Durante gran parte del siglo, hasta los más fervientes partidarios de la intervención no presionaron para que EEUU emprendiera invasiones terrestres. Los responsables de la política de Washington no hicieron casi nada para evitar los crímenes. Al no considerar que peligraban los “intereses nacionales vitales” de EEUU por su mera existencia, los altos funcionarios de la política estadounidense no otorgaron al genocidio la atención moral que requería. En vez de desarrollar el camino hacia la intervención —ya sea condenando a los culpables, cortando el suministro de la ayuda estadounidense o, incluso, bombardeando o reuniendo una fuerza de combate multinacional— parecían confiar en la negociación, aferrándose a las sutilezas diplomáticas y a la “neutralidad”, mientras enviaban ayuda humanitaria.

En algunos casos EEUU ayudó, directa o indirectamente, a los culpables de genocidio. En 1979 el Gobierno de Carter orquestó el voto en el Comité de Credenciales de Naciones Unidas para que favoreciese a los Jemeres Rojos, permitiendo que estos brutales exaltados ocupasen el asiento de Camboya en Naciones Unidas durante una década tras su derrota. En 1987-1988 el Gobierno de Reagan proveyó más de 500 millones de dólares anuales en créditos agrícolas y para bienes manufacturados a Irak, mientras Sadam Husein intentaba liquidar la población rural kurda del país. Entre 1992 y 1995, junto con sus aliados europeos, los Gobiernos de Bush y de Clinton mantuvieron un embargo sobre las armas contra los musulmanes de Bosnia aún cuando era evidente que el embargo armamentístico impedía que los musulmanes se defendiesen por sí mismos. Reticentes a “americanizar” la guerra o a “tomar partido”, congelaron una situación de desequilibrio de armamento que beneficiaba al agresor. En abril de 1994, mientras continuaba la guerra en Bosnia, el Gobierno de Clinton influyó sobre el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para ordenar la retirada de las tropas de mantenimiento de la paz de la ONU en Ruanda y bloquear los esfuerzos por volver a enviarlas a dicho país. EEUU y sus aliados en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas prometieron proteger a los pueblos de Bosnia y de Ruanda, algo que no estaban dispuestos a cumplir.

¹ David Rieff, *Slaughterhouse: Bosnia and the Failure of the West*, Simon and Schuster, Nueva York, 1995.

¿Por qué EEUU sigue mirando sin hacer casi nada?

La respuesta más corriente es, “no lo sabíamos”. Lo cual no es cierto. La información proveniente de países destrozados por el genocidio no era perfecta: el personal de la Embajada fue repatriado, las fuentes de información sobre el terreno eran escasas, los directores no estaban dispuestos a enviar a sus periodistas a lugares que carecían de atractivo tanto para los lectores como para los intereses estadounidenses, y cuando los periodistas intentaban informar sobre las atrocidades encontraban limitaciones a su libertad de movimiento. Por ejemplo, los Jemeres Rojos cerraron Camboya totalmente, obligando a los periodistas a trabajar desde la frontera con Tailandia para sonsacar información a los camboyanos que tuviesen la suerte de abandonar el país. El puñado de valerosos periodistas occidentales que se quedaron en Ruanda durante el genocidio no pudieron salir de la capital, Kigali, más que en contadas ocasiones. Las declaraciones de los supervivientes eran difíciles de confirmar y la complejidad para determinar las cifras de fallecidos tristemente notoria. Al estar el genocidio generalmente oscurecido por la sombra de la guerra, algunos funcionarios estadounidenses tuvieron, en un primer momento, dificultades para distinguir la masacre deliberada de civiles de las víctimas acaecidas en un conflicto convencional.

Aunque los funcionarios estadounidenses no conocieran todo lo posible sobre la naturaleza y el grado de la violencia, lo que sabían no era poco. Desde Henry Morgenthau, embajador de EEUU en Constantinopla en 1915, hasta Charles Twining, experto sobre Camboya de la Embajada estadounidense en Bangkok en 1976 y 1977, o Jon Western, un analista subalterno del servicio de información que recopiló informes sobre las atrocidades ocurridas en Bosnia en 1993, los funcionarios estadounidenses han constituido una fuente constante de información para los rangos superiores y hacia los órganos decisorios —tanto sobre la alerta temprana de genocidios potenciales como a través de informes muy gráficos durante su transcurso—. Gran parte de la mejor información apareció en los periódicos matutinos. En 1915, cuando los medios de comunicación eran aún muy primitivos, el *New York Times* publicó 145 artículos sobre el genocidio armenio por parte de los turcos. Casi ochenta años después, el mismo periódico informó sólo cuatro días después del inicio del genocidio en Ruanda de que “decenas de miles” de ruandeses ya habían sido asesinados. Dedicó una mayor cantidad de centímetros de columnas impresas a los horrores de Bosnia entre 1992 y 1995 que a cualquier otro asunto de política internacional.

En una época de información inmediata, los funcionarios estadounidenses han pasado de proclamar que “no lo sabían” a sugerir —como lo hizo el presidente Clinton en 1998 en su discurso de disculpa por lo ocurrido en Ruanda— que no “lograron valorar correctamente” el crimen en curso. Esto también es engañoso. Es cierto que las atrocidades de las que se tenía conocimiento se mantuvieron abstractas y lejanas, raras veces logrando la categoría de noticia que estremeciera al ciudadano estadounidense. Por ser la brutalidad del genocidio algo que desafía nuestra experiencia diaria, muchos de nosotros no fuimos capaces de comprender la gravedad de la situación. Poco a poco aceptamos la depravación que supuso el Holocausto, pero en nuestras conciencias lo encasillamos como “historia”; nos

*En una
época de
información
inmediata, los
funcionarios
estadounidenses
han pasado de
proclamar que
“no lo sabían”
a sugerir que no
“lograron
valorar
correctamente”
el crimen*

resistimos a reconocer que el genocidio estaba ocurriendo en el presente. Los supervivientes y los testigos tuvieron enormes dificultades en hacer creíble lo increíble. Los espectadores fueron capaces de retirarse al “crepúsculo entre lo conocido y lo desconocido”.²

Pero esto no nos sirve como coartada. Somos responsables de nuestra incredulidad. Las historias que surgen de las sociedades sometidas al genocidio son, por definición, increíbles. Esta fue la lección que deberíamos haber aprendido del Holocausto. En todos los casos de genocidio, testimonios que nos parecían exagerados e imposibles de verificar de manera independiente han demostrado, en repetidas ocasiones, ser verídicos. Con tantas buenas esperanzas truncadas, hace tiempo que tendríamos que haber desplazado el peso de la prueba de los refugiados hacia los escépticos, que tendrían en este caso que dar razones de peso para refutar las alegaciones de los testigos oculares. Una predisposición hacia la credulidad haría menos daño que una inclinación hacia la incredulidad.

Estrategias de actuación

Los funcionarios estadounidenses han mostrado cierta reticencia para llegar a imaginar lo inimaginable debido a sus implicaciones. Creer que Sadam Husein atacaba con armas químicas a los ciudadanos kurdos habría obligado a los funcionarios estadounidenses a replantear su asociación “estratégica” con él. Aceptar que los refugiados musulmanes de Srebrenica habían visto montones de cuerpos apilados al borde de la carretera habría presionado a EEUU para enfrentarse con las tropas serbias del general Mladic o con sus propias conciencias. En vez de buscar un conocimiento más profundo o dar publicidad a lo que ya se conocía, los funcionarios estadounidenses se han refugiado invariablemente en las penumbras del rechazo plausible. Han usado la búsqueda de la certeza como excusa para su pasividad y para el aplazamiento. En términos generales, en los casos de genocidio documentados en mi libro *A Problem from Hell*,³ los funcionarios estadounidenses decidieron que no “sabían” o no “lograr valorar correctamente”.

Una segunda respuesta a la pregunta de por qué EEUU no ha actuado más es que tampoco podría haber hecho mucho para frenar el horror. La única manera de determinar las consecuencias de las medidas diplomáticas, económicas o militares de EEUU hubiese sido tomándolas. Sin embargo, sí sabemos que los responsables de genocidio fueron buenos estudiantes y buenos conocedores de las tácticas de sus sangrientos predecesores, como de las reacciones de la comunidad internacional. De sus brutales antepasados aprendieron todo lo necesario, desde cómo deshumanizar a sus víctimas y el uso de eufemismos, a la construcción de campos de concentración y la forma de mentir y ocultar sus crímenes. Del resto del mundo aprendieron la impunidad.

² W. A. Visser't Hooft, teólogo protestante y primer secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, que vivió en Suiza durante el Holocausto, utilizó esta frase en sus *Memorias*, SCM Press, Londres, 1973.

³ Samantha Power, *A Problem from Hell*, Basic Books, Nueva York, 2002.

Un ejemplo de la capacidad de EEUU para ejercer su influencia sería la atención que pusieron los organizadores de actos de genocidio sobre Washington y otras capitales occidentales mientras planeaban sus acciones. El ministro del interior turco, Talaat Pasha, observó a menudo que nadie impidió que el sultán Abdul Hamid asesinase a los armenios. Hitler se envalentonó al constatar que absolutamente nadie “recordaba a los armenios”. Sadam Husein, haciendo buena nota de la escasa reacción de la comunidad internacional a sus ataques con armas químicas contra Irán y de su política de arrasamiento de pueblos kurdos, asumió, lógicamente, que no se le castigaría por el uso de gases venenosos contra los kurdos. Los pistoleros ruandeses, al inicio de su campaña de genocidio, pusieron deliberadamente a las tropas pacificadoras belgas en su punto de mira al recordar la reacción de EEUU tras la muerte de dieciocho soldados estadounidenses en Somalia en 1993, razonando que la muerte de soldados occidentales probablemente precipitaría su retirada. Los serbios de Bosnia celebraron públicamente las muertes en Mogadiscio, rebosantes de una nueva confianza de que nunca tendrían que hacer frente a tropas estadounidenses sobre el terreno. Milosevic se percató de que se salió con la suya en su brutal supresión de un movimiento independentista en Croacia en 1991, y pensaba que no tendría que pagar precio alguno por perpetrar un genocidio tanto en Bosnia como en Kosovo.

Como tantas personas estaban matando por primera vez y teniendo que decidir día a día hasta dónde iban a llegar, EEUU y sus aliados gozaron de oportunidades inmejorables para intentar detenerlos, pero no lo hicieron. Cuando ignoraron el genocidio en el mundo, los funcionarios estadounidenses ciertamente no tenían la intención de dar el visto bueno a aquellos que lo cometían. Pero ya que algunos de los que lo perpetraron lo hicieron con el convencimiento de que estaban haciendo un favor al mundo al “limpiarlo” de “indeseables”, probablemente interpretaron este silencio como una prueba de consentimiento o incluso de apoyo.

Aunque sea imposible de comprobar el resultado de acciones nunca emprendidas, la mejor prueba de lo que podría haber conseguido EEUU es precisamente ver lo que lograron. A pesar de los ríos de tinta que corrieron sobre la posible inutilidad de cualquier intervención de EEUU, en las escasas ocasiones en que actuó, sí hizo una diferencia. Después de las condenas por parte del secretario de Estado, George Shultz, contra el uso de gases venenosos por Sadam Husein contra los kurdos y los vanos esfuerzos del senador Clairborne Pell para que se impusiesen sanciones en 1988, Sadam Husein no volvió a usar dichos gases. Tras los llamamientos del Gobierno turco y el encuentro personal del secretario de Estado James Baker con refugiados kurdos, EEUU, en 1991, se unió con sus aliados para crear una zona de seguridad en el norte de Irak, permitiendo el retorno a sus hogares de más de un millón de kurdos. A escala más pequeña, el dueño de un hotel ruandés asegura que unas llamadas de teléfono de un diplomático estadounidense ayudaron a convencer a las milicias de que no atacaran a los huéspedes tutsis de su hotel durante el genocidio.

Los bombardeos de la OTAN en Bosnia, cuando finalmente llegaron en 1995, pusieron fin rápidamente a tres años y medio de guerra. Los bombardeos de la OTAN en Kosovo, en ese mismo año, permitieron la liberación de 1,7 millones de albaneses del tiránico yugo serbio. Varios arrestos de la OTAN en la antigua

*EEUU y sus
aliados
gozaron de
oportunidades
inmejorables
para intentar
detener a los
responsables
de genocidio,
pero no lo
hicieron*

Yugoslavia ha llevado a que docenas de supuestos criminales de guerra se entreguen a las autoridades. No se puede asumir que toda medida contemplada por los funcionarios estadounidenses o por los partidarios de las ONG podría haber sido efectiva, pero incluso estos pequeños pasos atrasados ayudaron a salvar cientos de miles de vidas. Si EEUU hubiese tratado la prevención del genocidio como una prioridad hubiese podido salvar muchas más.

Pasividad política y social

El verdadero motivo por el que EEUU no hizo lo que pudo para poner fin al genocidio no fue la falta de conocimientos o de influencia sino la ausencia de voluntad. Los líderes estadounidenses no actuaron porque no quisieron hacerlo. Creían que el genocidio era malvado pero no estaban preparados para invertir el capital militar, financiero, diplomático o de política doméstica necesario para detenerlo. Las políticas de EEUU formuladas como respuestas al genocidio en el siglo XX no fueron los productos accidentales de la negligencia. Fueron decisiones concretas hechas por las personas más influyentes en el proceso de la toma de decisiones de este país una vez sopesados explícita y tácitamente los costes y beneficios.

Los diseñadores de la política de EEUU (generalmente con el apoyo pasivo de la mayoría de los miembros del Congreso) perseguían dos objetivos. En primer lugar, querían evitar involucrarse en conflictos que suponían una amenaza mínima para los intereses estadounidenses, definidos estrechamente. En segundo lugar, esperaban poder contener los gastos políticos y evitar el estigma moral asociado con el hecho de tolerar que el genocidio tuviera lugar. En gran medida, lograron ambos objetivos. Para contener las repercusiones políticas, los funcionarios estadounidenses exageraron la ambigüedad de los hechos. Hicieron hincapié en la probable futilidad, perversidad y peligro de cualquier intervención propuesta. Evitaron, de manera constante, el uso de la palabra "genocidio", que pensaban que entrañaba una obligación legal y moral (y por lo tanto política) de actuar. Y se consolaron con las operaciones normales de la burocracia de la política exterior, que ofrecían un espejismo de deliberación continua, de actividad compleja y de intensa preocupación. Una de las principales conclusiones a las que he llegado es que el servicio de EEUU no es un fracaso, sino un éxito. Por incomodo que sea de aceptar, los funcionarios estadounidenses pusieron el sistema en funcionamiento y el sistema funcionó.

Para comprender por qué EEUU no hizo más para acabar completamente con el genocidio no es suficiente concentrarse únicamente en las acciones de los presidentes o de sus equipos de política exterior. En una democracia, incluso un Gobierno poco dispuesto a actuar puede ser presionado para que lo haga. Esta presión puede provenir desde dentro o desde fuera. Los burócratas que operan en el sistema y que comprenden lo que está en juego pueden presionar pacientemente o agitarse de manera descarada con la esperanza de obligar a sus jefes a tener en cuenta un amplio espectro de opciones. Desgraciadamente, aunque todo genocidio generó algo de activismo departamento de Política Exterior estadounidense, los funcionarios tanto en el país como en el exterior hicieron caso de lo que percibieron

como una indiferencia presidencial o una apatía pública. Asumieron que la política estadounidense era inmutable, que sus preocupaciones ya eran tenidas en cuenta por sus superiores y que haciéndose oír (o ver) sólo limitaría su capacidad para mejorar la respuesta de EEUU. En Bosnia tuvo lugar el único genocidio del siglo XX que hizo reaccionar al Gobierno de EEUU. En 1992 y 1993 dimitieron cuatro funcionarios de exteriores del Departamento de Estado. No es coincidencia que el caso de Bosnia fue el único en el que las protestas de los funcionarios de exteriores fueron animadas diariamente por el activismo de la prensa y del público.

El Ejecutivo tampoco ha sentido ninguna presión desde el segundo frente posible: el doméstico. Los líderes estadounidenses han podido dar la espalda al genocidio precisamente porque el ocurrido en tierras lejanas no ha cautivado la atención de los Senadores, de los grupos del Congreso, de los que ejercen presiones en Washington, de los destacados analistas de opinión, de los grupos de base o de los ciudadanos individuales. Aunque voces aisladas se han alzado contra la masacre, los estadounidenses ajenos al Ejecutivo callaron cuando más importaba. Como consecuencia del silencio de toda la sociedad, los funcionarios del Gobierno calcularon que los gastos, en términos de política interna, de una intervención para prevenir el genocidio eran mayores que los posibles gastos de mantenerse al margen. Las excepciones que hasta ahora han confirmado la regla son: la decisión de Ronald Reagan en 1985 de exigir la ratificación de la convención sobre el genocidio después de que su visita a las tumbas de la SS en Bitburg provocase una oleada de protestas internas; y la determinación por parte de Bill Clinton de lanzar los bombardeos de la OTAN en Bosnia sólo después de que el líder de la mayoría en el Senado (y futuro candidato presidencial), Bob Dole, se uniese con activistas consiguiendo que Clinton sintiese que estaba siendo ridiculizado al permitir las atrocidades serbias.

El genocidio nunca ha conseguido captar la suficiente atención por sus propios méritos. Se requiere presión política para situarlo en el primer plano de la actualidad en Washington. Cuando Alison Des Forges, de Human Rights Watch, se reunió con el consejero de Seguridad Nacional, Anthony Lake, tras el inicio del genocidio en Ruanda, éste le informó de que los teléfonos no estaban sonando y de que había escasa repercusión pública. “¡Haced más ruido!”, le pidió. Ya que tan poco ruido se ha hecho sobre el genocidio, los órganos decisorios de EEUU se han opuesto a toda intervención, diciéndose a sí mismos que estaban haciendo todo lo que podían —y todo lo que debían hacer— en vista de los diferentes intereses estadounidenses en juego y de un conocimiento bastante circunscrito de lo que era “posible” que hiciese desde un punto de vista interno.

Sin embargo, la inercia de los gobernados no puede dissociarse de la indiferencia del Gobierno. La relación que mantienen los líderes estadounidenses con la opinión pública es tanto circular como deliberada. Circular en el sentido de que sus votantes se interesan poco o nada en las crisis internacionales, incluido el genocidio, por la falta de liderazgo político, y a la vez los funcionarios estadounidenses citan continuamente la ausencia de apoyo público como motivo para la inacción. A su vez, esta relación es deliberada ya que el liderazgo de EEUU no ha estado ausente en estas circunstancias, pero se ha concentrado principalmente en minimizar el clamor público.

*Los
funcionarios
del Gobierno
calcularon
que los gastos
de una
intervención
para prevenir
el genocidio
eran mayores
que los de
mantenerse
al margen*

Un procedimiento que podría alterar los cálculos de los líderes de EEUU sería el de hacerles públicamente o profesionalmente responsables de las consecuencias de la inactividad. Los funcionarios estadounidenses han sido condicionados para temer las repercusiones por decisiones que toman y políticas que elaboran y que fracasan. Pero ninguno teme pagar un precio elevado por sus pecados de omisión. Si, al interior del Gobierno, todos están motivados para evitar "otra Somalia" u "otro Vietnam", pocos se lo piensan dos veces sobre el papel a desempeñar para evitar "otro Ruanda".

Otros países e instituciones cuyo personal estaba físicamente sobre el terreno cuando tuvo lugar el genocidio han emprendido por lo menos un mínimo de introspección. Los Países Bajos, Francia, y Naciones Unidas han llevado a cabo investigaciones sobre su responsabilidad en la caída de Srebrenica y las masacres que le siguieron. Pero cuando los investigadores de Naciones Unidas solicitaron la cooperación de la misión de EEUU ante Naciones Unidas en Nueva York, sus llamadas no fueron atendidas. Se le prohibió al equipo de la ONU que entablase cualquier contacto independiente con los empleados del Gobierno de EEUU. A los investigadores se les permitió el acceso a un grupo de funcionarios preseleccionados, de bajo y mediano rango, que no revelaron casi nada de lo que las autoridades estadounidenses conocían durante las masacres de Srebrenica.

Los franceses, los belgas, Naciones Unidas, y la Organización de la Unidad Africana han patrocinado investigaciones sobre la responsabilidad por el genocidio en Ruanda. Pero en EEUU, cuando algunos miembros del grupo del Congreso intentaron llevar a cabo audiencias sobre el papel desempeñado (o no desempeñado) por EEUU, fueron rechazados. Dos funcionarios del equipo de Clinton, uno en el Consejo de Seguridad Nacional y otro en el Departamento de Estado, realizaron estudios internos sobre la respuesta del Ejecutivo a la masacre en Ruanda. Pero sólo examinaron los diferentes informes ya existentes y no desvelaron sus conclusiones al público. EEUU necesita que el Congreso pueda realizar investigaciones con el poder de exigir la comparecencia de funcionarios de cualquier rango, tanto de la rama ejecutiva como de la legislativa y, de tener acceso a todos los documentos existentes. Sin una revelación significativa de los hechos, sin conocimiento público y sin vergüenza oficial, es difícil imaginar que la respuesta de EEUU mejore en el futuro.

Incluso las tentativas no gubernamentales que pretenden determinar las distintas responsabilidades podrían cambiar las cosas. En septiembre de 2001, el *Atlantic Monthly* publicó los resultados de mis tres años de investigación sobre la respuesta del Gobierno de Clinton ante el genocidio en Ruanda. Unas semanas después, según funcionarios del Consejo Nacional de Seguridad, una nota interna llegó a la mesa del presidente George W. Bush sobre el asunto de la prevención del genocidio. La nota resumía los resultados del artículo del *Atlantic* y advertía sobre la probable erupción de violencia étnica en Burundi. Durante la campaña electoral del año anterior, Bush declaró que detener el genocidio no era asunto de EEUU. "No me gusta el genocidio ni la limpieza étnica", dijo Bush a Sam Donaldson de la cadena ABC, "pero no mandaré a nuestras tropas". Sin embargo, una vez elegido y siendo presentado con una relación de los fracasos del Gobierno de Clinton, Bush anotó con letra firme en el margen de la nota, "no mientras yo esté de guardia". Mientras fuese comandante en jefe, el genocidio no volvería a ocurrir.

La anotación de Bush fue una declaración de intenciones, pero en realidad estaba recogiendo las palabras de todos los demás presidentes de EEUU que juraron que “nunca jamás”. Para poner en práctica sus palabras, tendría que comprometerse de manera significativa, tanto públicamente como burocráticamente, con la erradicación del genocidio. Tanto él como sus más allegados asesores de política exterior deberían emitir una directiva presidencial explícita, conseguir apoyos con sus discursos, consultar con sus aliados y exigir la preparación de un plan militar de contingencias. Si no, es muy poco probable que los funcionarios o ciudadanos estadounidenses se comporten de una forma distinta la próxima vez que chovinistas étnicos liquiden de manera sistemática a un grupo minoritario. En cualquier caso, el 11 de septiembre de 2001, pocos días después de que el presidente escribiese esas palabras, unos terroristas islámicos convirtieron a cuatro aviones civiles estadounidenses en bombas humanas, matando a más de tres mil personas, destrozando la sensación de invulnerabilidad del país y forzando al presidente a canalizar los recursos estadounidenses hacia una “guerra contra el terrorismo” de larga duración.

Cuando EEUU es la víctima

El ataque contra EEUU el 11 de septiembre cambiará considerablemente la política exterior del país. El atentado podría hacer que los estadounidenses, tanto dentro como fuera del Gobierno, sean capaces de empatizar mejor con las víctimas de genocidio. Los fanáticos que ponen a EEUU en su punto de mira se parecen a los culpables de genocidio por su adopción de la responsabilidad colectiva más salvaje. Atacan a civiles, no por lo que estos hayan hecho de manera individual, sino por quienes son. Para ser sentenciado a una pena de muerte en el siglo XX, bastaba con ser armenio, judío o tutsi. El 11 de septiembre bastaba con ser un ciudadano estadounidense. En 1994, Ruanda, con cerca de ocho millones de habitantes, sufrió el equivalente numérico de más de dos ataques diarios contra el World Trade Center durante cien días. A escala estadounidense esto significaría veintitrés millones de personas asesinadas en tres meses. Cuando el 12 de septiembre, EEUU se dirigió a sus amigos en todo el mundo para solicitar ayuda, los estadounidenses quedaron muy satisfechos con la abrumadora respuesta. Cuando los tutsis pidieron ayuda todos los países del mundo hicieron oídos sordos.

Si los estadounidenses consiguen mejorar su capacidad para imaginar las masacres e identificarse con las víctimas, lo más probable es que el Gobierno de EEUU considerará la prevención del genocidio como una tarea que no puede permitirse ahora que se propone fortalecer la protección de los ciudadanos estadounidenses. Muchos opinan que la lucha contra el terrorismo supone ahorrar los recursos nacionales y evitar intervenciones humanitarias, que se considera que dañifican la capacidad de respuesta de EEUU. La intervención en Kosovo y el juicio a Milosevic, que se pensó supondría un precedente importante, puede que representen la huella de la mayor crecida en la prevención y castigo del genocidio.

Esto sería un error trágico y en definitiva contraproducente. EEUU debería convertir la oposición al genocidio en una prioridad, por dos motivos. El primero y

La historia ha demostrado que el sufrimiento de las víctimas, por sí sólo, raras veces ha movilitado a EEUU

más importante, es el moral. Cuando vidas inocentes están siendo asesinadas a tal escala y EEUU tiene el poder de poner fin a las matanzas asumiendo un riesgo razonable, tiene la obligación de actuar. Esta idea es la que motiva a la mayoría de los que abogan por la intervención. Pero la historia ha demostrado que el sufrimiento de las víctimas, por sí sólo, raras veces ha movilitado a EEUU.

Por tanto, incluso los que creen en la responsabilidad moral de EEUU han intentado defender el caso apelando al segundo motivo: un interés propio ilustrado. Permitir el genocidio erosiona la seguridad regional e internacional, producía refugiados militantes y ofrecía a los tiranos una señal de que el odio y el asesinato eran herramientas permitidas para gobernar. Sin embargo, debido a que estas amenazas para los intereses estadounidenses eran a largo plazo y no inmediatamente visibles, pocas veces convencieron a los dirigentes estadounidenses. De este modo, la intervención humanitaria tuvo lugar en las contadas ocasiones en las que los intereses de EEUU estaban en juego en un plazo más corto.

Si resultaba difícil antes del 11 de septiembre conseguir que los órganos decisorios de EEUU vieses los costes a largo plazo de tolerar el genocidio, será aún más difícil hoy en día cuando las necesidades de seguridad de EEUU son tan acuciantes y visibles. Pero la seguridad para los estadounidenses, tanto en casa como en el exterior, depende de la estabilidad internacional y puede que no haya una fuente de desorden mayor que un grupo de extremistas bien armados empeñados en eliminar a comunidades enteras basándose en criterios étnicos, nacionales o religiosos.

Los Gobiernos occidentales, generalmente, han intentado contener el genocidio apaciguando a sus actores. Pero el triste historial del último siglo demuestra que los muros que EEUU está intentando construir alrededor de las sociedades donde se perpetra el genocidio se desmoronan de forma casi inevitable. Los Estados que asesinan y torturan a sus propios ciudadanos ponen el punto de mira sobre ciudadanos de cualquier lugar. Sus apetitos se tornan insaciables. Hitler empezó persiguiendo a sus propios ciudadanos antes de ir a la guerra contra el resto de Europa y, eventualmente, contra EEUU. Sadam Husein liquidó la población rural kurda y luego se volvió hacia Kuwait, mandando a su sicario homicida, Ali Hassan al-Majid, para gobernar el territorio recién ocupado. EEUU tiene motivos para temer que las armas químicas que ensayó Sadam Husein sobre los kurdos serán usadas próximamente contra estadounidenses. Milosevic llevó sus guerras de Eslovenia a Croacia y luego a Kosovo. EEUU y sus aliados europeos todavía están pagando por su indiferencia inicial hacia los Balcanes, donde la violencia en Macedonia amenaza con socavar la estabilidad del sudeste de Europa.

La sed de venganza, irredentismo y aceptación de la violencia como medio para generar el cambio que en ocasiones se origina en las víctimas del genocidio, abandonadas por la comunidad internacional, puede convertirlos en futuras amenazas. En Bosnia, donde EEUU y Europa mantuvieron un embargo de armas contra los musulmanes, guerreros extremistas islámicos y proselitistas llegaron eventualmente para ofrecer su ayuda. Algunos ciudadanos musulmanes seglares se radicalizaron por esta asociación, y el fracasado Estado de Bosnia

se convirtió en un refugio para los terroristas islámicos mal recibidos en el resto del mundo. Una de las organizaciones que se infiltró en Bosnia y que la utilizó como base de entrenamientos fue *Al-Qaeda* de Osama Bin Laden.

EEUU no deberían limitar sus elecciones de política exterior entre: no hacer nada o mandar, de forma unilateral, a los marines. Debido a la enormidad del daño que causa el genocidio, su prevención es una tarea que debe ser compartida. El liderazgo de EEUU será indispensable para alentar a los aliados de los estadounidenses y a las instituciones regionales e internacionales para que aumenten sus compromisos y sus capacidades militares. Al mismo tiempo, EEUU debe responder al genocidio con una mayor sensación de urgencia, identificando públicamente y amenazando con enjuiciar a aquellos responsables de genocidio, exigiendo la expulsión de los representantes de regímenes culpables de genocidio de las instituciones internacionales como Naciones Unidas, cerrando sus embajadas en EEUU y pidiendo a los países afines que usen su influencia para intentar poner fin a las matanzas.

Cuando la situación lo requiera, EEUU podría imponer sanciones económicas, congelar bienes en el extranjero de Gobiernos asesinos o usar los recursos tecnológicos estadounidenses para privar a los asesinos de sus transmisiones de radio o de otros medios usados para propagar el odio. Con sus aliados, EEUU podría establecer zonas de seguridad para acoger a refugiados y a civiles, para protegerlos con fuerzas de mantenimiento de la paz bien armadas y con un mandato firme, con su poderío aéreo, o con ambas. Cuando los valores y los intereses más preciados de EEUU están en peligro —como lo están cuando un pueblo entero está amenazado por la aniquilación— debe estar preparado para arriesgar la vida de sus soldados al servicio de la eliminación de este monstruoso crimen.